



## **Misa *in Coena Domini***

### **JUEVES SANTO**

#### **Catedral de Orihuela, jueves 13 de abril**

“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (Lc 22, 15), dice Jesús a sus discípulos en el comienzo de su Última Cena antes de morir. En verdad, para Jesús es un deseo de siempre, y también esa noche quiere estar con los suyos. Esta tarde el Señor desea estar con nosotros. Y nosotros ¿deseamos estar con Él?

Escuchamos en los Evangelios que se sentó a la mesa con los Doce, tomó el pan y se lo partió, diciendo: “Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros”. Lo mismo hizo con la copa del vino: “Esta es mi sangre, que se derrama por vosotros”. Son las mismas palabras que vamos a repetir en breve en el altar, y será el Señor mismo quien invite a cada uno de nosotros a alimentarse del pan y el vino consagrados. Podríamos decir que Jesús ha “inventado” lo imposible para quedarse junto a nosotros, para continuar estando cerca de los discípulos de todos los tiempos. No sólo cerca, se convierte en alimento para nosotros. Alimento para nosotros peregrinos por los caminos de este mundo. Ese pan y ese vino sostienen nuestra vida y son medicina para nuestros desamparos. Ese pan y ese vino nos configuran con Jesús y nos abren a vivir eternamente con Él.

La escena evangélica, que hemos escuchado, del lavatorio de los pies, ilumina, muestra lo que significa para Jesús ser pan partido y sangre derramada para nosotros y para todos. Podemos decir que es toda la vida de Jesús la que se condensa y resume en esta tarde con el gesto del lavatorio de los pies y la institución de la Eucaristía. En definitiva, el misterio de Dios que se revela como amor. Un amor que se hace servicio y entrega de sí.

Jesús les preguntó a sus discípulos: “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?, y nos lo pregunta a nosotros también. La pregunta podemos verla referida no sólo al lavatorio de los pies, sino a toda su vida que aquel gesto evocaba. El Domingo de Ramos leíamos la carta de S. Pablo a los Filipenses, donde se dice que Jesús “no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos”. El dejar el manto Jesús durante la Cena puede evocar su despojarse de su rango divino y el ceñirse la toalla nos puede recordar la condición que asume, evocando el trabajo de esclavos, el trabajo humilde de los que servían en las casas.

Lo importante es llegar al corazón de todo lo que estamos contemplando y celebrando, el motivo profundo de lo que Jesús realiza en esta tarde el Jueves Santo para así llegar “a comprender”. Y no hay otra visión ni otra “lógica” explicativa que el amor que Jesús nos tiene.

Así el Evangelista no se contenta con describir los hechos sino que entra en los sentimientos de Cristo y comienza el relato diciendo: “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. En efecto, el amor de Cristo es lo que se percibe con tanta intensidad en esta tarde y es la clave de la comprensión de todo lo que estamos celebrando. Desde la experiencia personal y viva del amor del Señor, San Pablo llegará a exclamar con convicción profundísima: “¿Qué nos separará del amor de Cristo?...nada...” podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro”. También nosotros en una tarde así; ante el gesto de Jesús lavando los pies, ante la institución de la Eucaristía: donándose como alimento y cercanía total a nuestra vida, deberíamos reafirmar la propia conciencia de ese amor; y percatarnos, una vez más, que si somos presa del desaliento, de la tentación, de la tristeza es porque nos olvidamos del amor de Cristo, amor personal, amor definitivo y total del Padre en su Hijo, que se entregó por nosotros, y con tanta elocuencia esta tarde de Jueves Santo se nos ha manifestado.

Tengamos muy en cuenta además, que el lavatorio de los pies no sólo es expresión del amor y del estilo del mismo Jesús, sino que, como también hemos leído en el Evangelio de hoy, es una indicación del camino a seguir por nosotros, discípulos de Jesús: “Si yo os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros”. Y así debe ser: comenzando por los más débiles, los enfermos, los ancianos, los más pobres y los más indefensos. El

Jueves Santo nos enseña cómo vivir y desde dónde empezar a vivir; la vida verdadera no es la de estar de pie, derechos, firmes en el propio orgullo; la vida según el Evangelio es entregar la vida, darse, servir, comenzando por los más débiles. Es día de pedir y de aprender todo esto. (Entregar la vida, servir, darse... como Jesús –para ser fecundos como Él, para llegar a dar fruto y tener sentido en el sufrir y vivir: “Si el grano de trigo cae en tierra y muere”... es fecundo”, da mucho fruto”). El Jueves Santo... aquella Última Cena, fue toda ella una enorme manifestación de sencillez, verdad, amor... la gran lección para nosotros... para vivir desde su amor... como Él y en Él. Es tarde, para acercarnos y para ver... para en la Eucaristía suplicarle a Él, entender y vivir todo esto. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.